

CHLOE GONG

FINALES VIOLENTOS

Traducción de Juan Fernando Merino

GRANTRAVESÍA

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor, o se usan de manera ficticia. Cualquier semejanza con personas (vivas o muertas), acontecimientos o lugares reales es mera coincidencia.

FINALES VIOLENTOS

Título original: *Our Violent Ends*

© 2020, Chloe Gong

Publicado según acuerdo con Triada US Agencia Literaria,
a través de IMC, Agencia Literaria

Traducción: Juan Fernando Merino

Ilustración de portada: © 2021, Katt Phatt

Diseño de portada: Greg Standnyk © Simon & Schuster, INC.

D.R. © 2022, Editorial Océano, S.L.

Milanesat 21-23, Edificio Océano

08017 Barcelona, España

www.oceano.com

www.grantravesia.es

D.R. © 2022, Editorial Océano de México, S.A. de C.V.

Guillermo Barroso 17-5, Col. Industrial Las Armas

Tlalnepantla de Baz, 54080, Estado de México

www.oceano.mx

www.grantravesia.com

Primera edición: 2023

ISBN: 978-84-124730-3-2

Depósito legal: B 22205-2022

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita del editor, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. ¿Necesitas reproducir una parte de esta obra? Solicita el permiso en www.cedro.org.

IMPRESO EN ESPAÑA / PRINTED IN SPAIN

9005707010123

PARA MIS PADRES,
QUE ME RELATARON LAS HISTORIAS
NECESARIAS PARA ESCRIBIR ESTE LIBRO

*¡Ojos, mirad por última vez! ¡Brazos, estrechad vuestro último
abrazo! Y labios, puertas del aliento, ¡sellad con un legítimo beso
el pacto perpetuo con la insaciable muerte!*

Shakespeare, *Romeo y Julieta*



Uno

Enero de 1927

La celebración de Año Nuevo fue tan fastuosa en Shanghái que, una semana después, la ciudad todavía exhalaba un hálito de fiesta. Era la forma en que la gente se movía, ese balanceo particular en sus pies y el fulgor que asomaba a sus ojos cuando se inclinaban, sentados en el borde de sus asientos en el Gran Teatro, para susurrar algo a sus acompañantes. Era el jazz que salía a todo volumen del cabaret de enfrente; el aire fresco que distribuían los abanicos de bambú, mientras se agitaban en una ráfaga de color; el olor a comida callejera que se colaba hasta la sala de proyección, a pesar de las reglas estrictas del Salón Principal. Aunque la costumbre de marcar el primer día del calendario gregoriano como un momento de celebración era asunto de los occidentales, era un hecho que hacía tiempo que Occidente había echado raíces profundas en esta ciudad.

La locura había desaparecido de Shanghái. Las calles habían regresado perezosamente a su divertida decadencia y a esas noches que se alargaban, como ésta misma, en la que los asistentes al teatro podían apreciar una película y luego pasear a lo largo del río Huangpu hasta el amanecer. Después de todo, ya no había una bestia acechando desde las aguas. Hacía

cuatro meses que el monstruo de Shanghái había muerto, asesinado y abandonado a la intemperie en un muelle junto a El Bund, enclavado en el célebre Distrito Histórico. Ahora lo único por lo que tenían que preocuparse los civiles era por los gánsteres... y el creciente número de cadáveres baleados que aparecían en las calles.

Juliette Cai observaba por encima del barandal entrece-
rrando los ojos, mientras escudriñaba el piso inferior del Salón
Principal. Desde su posición podía ver casi todo lo que estaba
debajo, cada detalle insignificante en medio del caos que bu-
llía bajo las lámparas doradas. Infortunadamente habría sido
mucho mejor si ella misma estuviera allí abajo codeándose
con el comerciante que la habían mandado a buscar en lugar
de tener que atisbarlo desde arriba. Esos fueron los lugares
que pudo conseguir; le habían asignado la tarea con tan poco
margen de tiempo que Juliette no había podido mover in-
fluencias para conseguir algo mejor.

—¿Vas a poner mala cara toda la noche?

Juliette se giró rápidamente y entrecerró los ojos para
concentrarse en su prima. Kathleen Lang la seguía de cerca
haciendo una mueca, en tanto la gente que las rodeaba bus-
caba sus asientos antes del inicio de la película.

—Sí —refunfuñó Juliette—. ¡Tengo tantas cosas mejores
que hacer en este momento!

Kathleen puso los ojos en blanco y luego, sin decir pala-
bra, señaló hacia delante, pues acababa de ubicar las butacas
que sus entradas indicaban. Las entradas que tenían en la
mano apenas habían sido rasgadas por el chico uniformado
que vigilaba la puerta después de que la gorra le cubriera los
ojos por el gran empujón que le propinara la multitud que
estaba entrando. Apenas tuvo tiempo de recuperarse del gol-

pe mientras la gente seguía agitando los tiquetes frente a sus narices, extranjeros y chinos ricos por igual, indignados por la lentitud del chico. En lugares como aquél se esperaba un mejor servicio. Los precios de las localidades eran altísimos, con lo que conseguían que asistir al Gran Teatro fuera realmente una «experiencia» para los más afortunados: no había más que contemplar los arcos del techo y los barandales de hierro forjado, los mármoles italianos de las paredes y los elegantes letreros de la entrada, escritos sólo en inglés y sin rastro del chino.

—¿Qué podría ser más importante que esto? —preguntó Kathleen mientras se acomodaban en sus asientos ubicados en la primera fila del balcón de segundo nivel, donde tenían una vista perfecta tanto de la pantalla como de toda la gente que estaba abajo—. ¿Contemplar fijamente, y enfadada, la pared de tu cuarto, como has estado haciendo estos últimos meses?

Juliette frunció el ceño.

—Eso *no* es lo único que he estado haciendo.

—Ay, perdón. ¿Cómo se me ha podido olvidar que también has estado gritando a los políticos?

Resoplando, Juliette se apoyó en su asiento y cruzó los brazos sobre el pecho con determinación, mientras las cuentas que adornaban las mangas de su vestido se golpeaban con fuerza contra las que colgaban por la parte delantera produciendo un tintineo. No obstante, era tal la algarabía que se escuchaba en el teatro, que aquel ruido se perdió rápidamente entre el bullicio general.

—Bàba ya me ha reñido lo suficiente por haber ofendido a ese nacionalista —se quejó Juliette cuando empezaba a estudiar cuidadosamente al público en el nivel inferior, asignando mentalmente un nombre a cada cara y llevando la cuenta de

quiénes podrían notar su presencia allí—; así que por favor no empieces tú también.

Kathleen chasqueó la lengua apoyada con el codo en el reposabrazos que separaba los asientos.

—Sólo estoy preocupada por ti, biǎomèi.

—¿Preocupada por qué? Yo siempre le grito a la gente.

—Lord Cai no te riñe con frecuencia. Por eso creo que puede ser señal de que...

Juliette se apresuró a adelantarse. Presa del instinto sintió la exclamación que subía hasta su garganta, pero se negó a dejarla salir y, en lugar de eso, el sonido se quedó atascado generándole una sensación helada en la parte trasera de su lengua. Kathleen se puso en alerta de inmediato, mientras escudriñaba el nivel inferior para localizar qué era lo que había hecho que la cara de Juliette se quedara completamente pálida.

—¿Qué? —preguntó Kathleen—. ¿Qué ocurre? ¿Pido refuerzos?

—No —susurró Juliette mientras tragaba saliva. Las luces del teatro se atenuaron y, ante dicha señal, los acomodadores empezaron a recorrer los pasillos para instar a los asistentes a tomar asiento, pues la proyección iba a comenzar—. Sólo es un ligero hipo.

Sin embargo su prima arrugó el ceño, al tiempo que continuaba con su búsqueda.

—¿De qué se trata? —volvió a preguntar Kathleen.

Juliette se limitó a apuntar con el dedo y siguió con la mirada a Kathleen, mientras su prima se giraba en la dirección que ella le estaba señalando y reconocía la figura que se abría camino entre la gente allí abajo.

—Parece que no somos las únicas a las que han enviado aquí a cumplir una misión.

Porque abajo, en el primer nivel, Roma Montagov ya sonreía frente al comerciante que ellas habían ido a buscar; le tendía la mano para saludarlo con despreocupada actitud.

Juliette apretó los puños sobre su regazo.

No había visto a Roma desde octubre pasado, cuando las primeras protestas en Nanshi sacudieron la paz y sentaron el precedente para los disturbios que le siguieron, mientras se instalaba el invierno en Shanghái. No lo había visto en persona, pero había sentido su presencia en todas partes: en los cadáveres abandonados por toda la ciudad con una flor blanca entre las manos rígidas; en los negociantes que desaparecían de repente, sin que mediara ningún mensaje o explicación; en la guerra de clanes que seguía causando estragos. Desde el momento en que la ciudad tuvo noticias de un enfrentamiento entre Roma Montagov y Tyler Cai, la guerra de clanes había vuelto a alcanzar sus más letales niveles. Ninguno de los clanes tenía que preocuparse ya de que sus filas fueran diezmadas por aquella extraña locura que había imperado meses atrás. Sus pensamientos gravitaban, en cambio, en torno a la retribución y el honor, y en cómo cada persona contaba algo distinto sobre lo que había ocurrido aquel día entre los líderes de la Pandilla Escarlata y los Flores Blancas. Las únicas verdades que habían salido a la luz, sin embargo, eran que en un pequeño hospital ubicado a las afueras de Shanghái, Roma Montagov había disparado a Tyler Cai, y que, para proteger a su primo, Juliette Cai había asesinado a Marshall Seo, lugarteniente del propio Montagov, a sangre fría.

Ahora ambos bandos estaban sedientos de venganza. Los Flores Blancas estaban ejerciendo presión sobre la Pandilla Escarlata con renovada urgencia, mientras que la Pandilla Escarlata repelía los ataques con idéntica firmeza. Tenían que

hacerlo. Independientemente del interés con que los Escarlatas cooperaban con los nacionalistas, todas las personas de la ciudad podían notar el cambio, podían ver que las manifestaciones sociales se volvían más y más multitudinarias cada vez que los comunistas intentaban llamar a huelga. El panorama político estaba a punto de cambiar y pronto devoraría esta ausencia de ley, y para los dos bandos que dominaban actualmente la ciudad con puño de hierro, las opciones eran, o bien recurrir a la violencia inmediata para garantizar su dominio, o bien lamentar más tarde no haberlo hecho, en caso de que un poder mayor se abalanzara, cuando ya no hubiera forma de recuperar el territorio.

—Juliette —comenzó Kathleen en voz baja, y los ojos de su prima empezaron a oscilar entre ella y Roma—. ¿Qué fue lo que pasó entre vosotros?

Juliette no tenía una respuesta preparada para esa pregunta, así como tampoco la había tenido las otras veces que se la habían formulado. Kathleen merecía una explicación mejor, merecía saber por qué toda la ciudad decía que Juliette había disparado contra Marshall Seo a quemarropa, cuando en otra época hasta se había mostrado amigable con él; por qué Roma Montagov dejaba caer flores ahí donde iba, como una forma de ridiculizar a las víctimas de la guerra de clanes, cuando alguna vez había sido tan amable con Juliette. Pero incluir en el secreto a otra persona significaba arrastrarla al desastre. Un objetivo más en el escrutinio estricto de Tyler, un objetivo más para el arma de Tyler.

Mejor no hablar del asunto. Mejor fingir hasta que, tal vez, sólo tal vez, apareciera la oportunidad de salvar a la ciudad del estado en que había caído.

—Ya está comenzando la película —dijo Juliette en lugar

de responder.

—*Juliette* —insistió Kathleen.

La heredera de los Cai apretó la mandíbula con fuerza y se preguntó si su actitud todavía engañaría a alguien. En Nueva York había sido muy buena para mentir, tan buena para fingir ser otra persona totalmente diferente. Pero estos últimos meses habían sido tan agotadores que habían estado desgastándola poco a poco hasta revelar su propia y verdadera identidad.

—Él no está haciendo nada. Mira, se está sentando.

En efecto, Roma parecía estar alejándose del comerciante después de tan sólo saludarlo, y se dirigía a su asiento ubicado en el extremo de una hilera, dos filas detrás. Esto no tenía por qué ser un asunto importante. No necesitaban engancharse en un enfrentamiento. Juliette podía vigilarlo discretamente desde donde estaba y procurar acercarse a aquel comerciante en cuanto llegara el intermedio. Era sorprendente que la hubieran enviado a buscar a un comerciante. La Pandilla Escarlata rara vez perseguía a un nuevo cliente; ellos se limitaban a esperar que los comerciantes los buscaran. Pero éste no traficaba con drogas como el resto. Había llegado a Shanghái la semana anterior cargado de tecnología británica, quién sabe de qué clase; el padre de Juliette no había sido muy específico cuando le encomendaron la misión, únicamente le dijo que se trataba de cierta clase de armamento que la Pandilla Escarlata estaría interesada en adquirir.

Si los Flores Blancas también estaban tratando de conseguirlo, entonces debía de ser algo de consideración. Juliette se propuso solicitar más detalles tan pronto como volviera a casa.

La sala quedó finalmente a oscuras. Kathleen miró por encima del hombro mientras jugueteaba con las mangas de su abrigo.

—Relájate —susurró Juliette—. Lo que estás a punto de ver viene directamente de su estreno en Manhattan. Es entretenimiento de gran calidad.

La película comenzó. El Salón Principal era el espacio de proyección más grande de todo el Gran Teatro y su sonido orquestal parecía llegarles desde todas las direcciones. Cada asiento contaba con su propio sistema de traducción que leía el texto que aparecía en la pantalla de la película muda. La pareja a la izquierda de Juliette estaba usando auriculares y murmuraban con entusiasmo entre ellos a medida que las frases se traducían al chino. Juliette no necesitaba los auriculares, no sólo porque podía entender el inglés, sino porque en realidad no estaba mirando la película. Sus ojos, independientemente de sus esfuerzos, no dejaban de desviarse hacia abajo.

No seas tan tonta, se riñó Juliette. Ella se había puesto en esta situación sin tomar precauciones. Y no se arrepentía. Era lo que había que hacer.

Pero, aun así, no podía dejar de mirar.

Habían transcurrido sólo tres meses, pero Roma había cambiado. Ella lo sabía, claro, gracias a los informes que le llegaban acerca de los gánsteres muertos, junto a los cuales los asesinos pintaban caracteres coreanos con la sangre de sus víctimas. Lo sabía gracias a los cadáveres que se apilaban cada vez más hacia el interior de las líneas territoriales de los Escarlatas, como si los Flores Blancas estuvieran poniendo a prueba hasta dónde sería tolerada su afrenta. Era poco probable que Roma hubiera buscado específicamente a miembros de la Pandilla Escarlata para cometer estos asesinatos teñidos

de venganza, no era su naturaleza llegar *tan* lejos, pero cada vez que surgía un nuevo conflicto, el mensaje que traslucía era claro: *esto es obra tuya, Juliette*.

Había sido ella quien había escalado la guerra de clanes, la que había apretado el gatillo contra Marshall Seo y había dicho a Montagov a la cara que lo que había sucedido entre ellos no había sido más que una farsa. Así que toda la sangre que Roma regaba a su paso era parte de su venganza personal contra la heredera de los Cai.

Él también había asumido su papel a cabalidad. En cierto momento había cambiado su porte oscuro por trajes de colores claros: chaqueta tono crema y corbata dorada, con gemelos que reflejaban la luz cada vez que la pantalla del Gran Teatro parpadeaba en blanco. Su postura corporal era rígida, ya no se dejaba caer pesadamente en la silla para fingir despreocupación, no más piernas estiradas y sentarse con la espalda para evitar ser visto por aquellos que sólo daban un vistazo superficial al recinto.

Roma Montagov ya no era el heredero que confabulaba desde las sombras. Parecía como si estuviera cansado de que la ciudad lo viera como el que cortaba gargantas en la oscuridad, la sombra de corazón negro como un carbón que vestía ropa a juego.

Ahora tenía el aspecto de un Flor Blanca. Como su padre.

Con el rabillo del ojo, Juliette captó un movimiento rápido que atrajo su atención. Después de parpadear desvió la mirada de donde estaba Roma y examinó los asientos en el extremo opuesto del pasillo. Por un momento creyó haberse equivocado, que tal vez se le había soltado un mechón de cabello que le había cubierto los ojos momentáneamente. Pero luego, cuando la pantalla volvió a destellar en blanco,

mientras un tren se descarrilaba con estruendo en el Lejano Oeste, Juliette vio la figura que se levantaba en medio del público.

La cara del hombre estaba cubierta por las sombras, pero el arma que llevaba en la mano se veía brillar.

Y apuntaba directamente contra el comerciante que estaba en la primera fila y con quien Juliette necesitaba hablar.

—Claro que *no* —susurró con irritación mientras buscaba la pistola que llevaba atada al muslo con una correa.

La pantalla volvió a ponerse oscura, pero Juliette apuntó igual. En el segundo antes de que el hombre pudiera actuar, ella apretó el gatillo primero y su arma resonó con un *bang*.

Ella sintió el retroceso de la pistola que la empujó contra el respaldo de la silla mientras apretaba la mandíbula y veía cómo el hombre de abajo soltaba el arma y se cogía el hombro. Su disparo apenas había llamado la atención del público, pues en ese mismo instante tenía lugar un tiroteo en la película, el cual enmascaró el grito del hombre y también el humo que salía del cañón de la pistola de Juliette. Aunque la película no tenía sonido, la orquesta que musicalizaba en vivo incluía un estruendoso timbal que resonaba al fondo, y todos los espectadores supusieron que el disparo era parte de la historia en pantalla.

Todos menos Roma, que se giró de inmediato y miró hacia arriba, buscando con los ojos el origen de aquella detonación.

Y lo encontró.

Sus miradas se cruzaron y el reconocimiento mutuo produjo una reacción tan intensa en Juliette que la heredera de los Cai sintió una detonación química extenderse por su espina dorsal, como si su cuerpo finalmente pudiera alinearse,

después de meses de dislocación. Se quedó paralizada, sin poder respirar y con los ojos muy abiertos.

Hasta que Roma metió la mano en el bolsillo de su chaqueta en busca de un arma, y Juliette no tuvo más alternativa que salir de su aturdimiento. En lugar de luchar contra el posible asesino, él había decidido dispararle a *ella*.

Juliette sintió cómo tres balas zumbaron junto a su oreja y, conteniendo el aliento, se lanzó al suelo, lo que hizo que se dañara las rodillas contra la alfombra. La pareja que estaba a su izquierda fue la primera, aunque no la única, en gritar.

La audiencia empezaba a darse cuenta de que los disparos no procedían de la orquesta.

—Muy bien —se dijo Juliette entre dientes—. Todavía está furioso conmigo.

—¿Qué *ha sido* eso? —preguntó Kathleen. Su prima ya la acompañaba en el suelo, y aprovechó el barandal del segundo nivel para cubrirse. ¿Acaso has disparado a los asientos de abajo? ¿Ese ha sido Roma Montagov devolviendo los disparos?

Juliette hizo una mueca.

—Sí.

Parecía como si abajo estuviera empezando una estampida. En el segundo nivel el público también estaba entrando en pánico, claro, y todo el mundo se levantaba de un salto de su asiento y se dirigía a la salida, pero las dos puertas que había a ambos lados del teatro —marcadas con las palabras PARES e IMPARES para facilitar el acomodo del público— eran tan estrechas que lo único que la gente logró fue crear un gran cuello de botella.

Kathleen hizo un ruido que sólo Juliette pudo entender: «Él *no está haciendo nada... ¡Mira, se está sentando!*».

—Ay, ¡no te burles de mí! —siseó Juliette.

Esta situación no era ideal, pero ella estaba dispuesta a salvarla.

Se puso de pie.

—Alguien intentaba disparar al comerciante —Juliette echó una mirada rápida por encima del barandal. Ya no percibió a Roma. Pero sí vio cómo el comerciante que se apretaba la chaqueta alrededor de la cintura y se ceñía su sombrero de paja, mientras trataba de seguir a la multitud que abandonaba el teatro.

—Ve a averiguar quién ha sido —jadeó Kathleen—. Tu padre te cortará la cabeza si el comerciante es asesinado.

—Sé que estás bromeando —murmuró Juliette—, pero tal vez tengas razón —entonces puso su pistola en la mano de su prima y salió corriendo, mientras le decía por encima del hombro—: ¡Habla con el comerciante de parte mía! *¡Merci!*

Para ese momento la aglomeración en la puerta había aflojado lo suficiente para que Juliette pudiera abrirse paso y salir al vestíbulo del segundo nivel del Salón Principal. Las mujeres vestidas con qipaos de seda se lamentaban inconsolablemente, mientras que los oficiales británicos se apretujaban en una esquina para comentar histéricamente sobre lo que estaba sucediendo. Juliette hizo caso omiso de todo eso, y avanzó empujando hasta llegar a las escaleras y descender al primer piso, por donde el comerciante debería salir.

Hasta que frenó de súbito. La escalera principal estaba demasiado atestada. Sus ojos se desviaron hacia un lateral, en dirección a las escaleras de servicio. Abrió la puerta de par en par sin pensarlo dos veces y se lanzó hacia abajo. Juliette conocía bien el teatro, estaba en territorio Escarlata y ella había pasado una buena parte de su primera infancia deambulando por este edificio, asomándose a las distintas salas cuando su institutriz estaba distraída. Mientras que la escalera principal

era una estructura magnífica de pisos pulidos y arcos y barandales de madera, las escaleras de servicio eran de cemento y carecían de luz natural, iluminadas solamente por una pequeña lámpara que colgaba del descansillo de la segunda planta.

Sus tacones resonaban contra el suelo, pero al dar la vuelta al descansillo frenó del todo.

Esperando allí, junto a la puerta que conectaba con el vestíbulo principal, estaba Roma, con su arma levantada y apuntando.

Juliette supuso que se había vuelto predecible.

—Estabas a tres pasos del comerciante —dijo ella y se sorprendió al oír que su voz mantenía un tono ecuánime. *Tā mā de*. Juliette llevaba un cuchillo atado a la pierna, pero mientras lo sacaba, le daría suficiente tiempo a Roma para disparar—. ¿Lo has dejado ir sólo para buscarme? Me siento halagada...

Juliette giró con un siseo. Sentía que la mejilla le ardía y empezaba a hincharse debido al roce de las balas que habían pasado zumbando junto a su cabeza. Antes de que Roma pudiera pensar en volver a apuntarle, Juliette evaluó rápidamente sus opciones y luego se metió por la puerta que tenía detrás y salió a la unidad de almacenamiento.

No estaba tratando de escapar. Ahí no había salida, únicamente era un cuarto estrecho lleno de butacas apiladas y telarañas. Ella sólo necesitaba...

Otro disparo pasó zumbando junto a su brazo.

—Vas a volar todo este lugar —reclamó Juliette mientras giraba sobre sus talones. Había llegado al extremo del almacén y tenía la espalda contra los gruesos tubos que subían por las paredes—. Algunos de estos tubos llevan gas, si haces un agujero en alguno, todo el teatro arderá.

Roma no se inmutó. Era como si no pudiera oír lo que Juliette decía. Tenía los ojos entrecerrados y cada músculo de la cara contraído. Parecía un desconocido, un forastero, como un niño que tras ponerse un disfraz se sorprende al contemplar lo bien que le queda. Incluso en medio de las menguadas luces, el dorado de su ropa resplandecía con el mismo brillo de las luminosas marquesinas que rodeaban el Gran Teatro de Shanghái.

Juliette quería gritar al ver en lo que Roma se había convertido. Ella apenas podía respirar, y se estaría mintiendo si dijera que sólo era por el ejercicio físico al que se había sometido.

—¿Me oyes? —Juliette sopesó la distancia que había entre ellos—. Aparta el arma...

—¿Acaso te oyes cuando hablas? —la interrumpió Roma. Entonces dio tres pasos largos y se acercó lo suficiente para poner el arma ante el rostro de Juliette. Ella podía sentir el calor del cañón de acero a un par de centímetros de su piel—. Tú mataste a Marshall. *Lo mataste*. Hace varios meses que ocurrió, y todavía no he oído ni una palabra de explicación por tu parte...

—No hay ninguna explicación.

En ese momento Roma pensó en aquella mujer como si se tratara de un monstruo. Él pensaba que Juliette lo había odiado todo el tiempo, con tanta saña que quería destruir todo lo que él quería, y la verdad es que él *tenía* que pensar eso, si quería seguir viviendo. Esa chica se había negado a matarlo tan sólo porque era débil de carácter.

—A él lo maté porque tenía que morir —continuó Juliette. Luego levantó el brazo con una rapidez increíble, despojó a Roma de su arma y la dejó caer con un golpe fuerte a sus

pies—. Al igual que voy a matarte, a menos que logres matarme primero...

Roma la empujó contra los tubos.

El golpe fue tan fuerte que Juliette sintió sabor a sangre en la boca, pues se cortó el labio con sus propios dientes. Entonces ahogó un grito y luego otro, mientras la mano de Roma se cerraba sobre su garganta, al tiempo que la observaba con ojos asesinos.

Juliette no estaba asustada. Si acaso, sólo experimentaba resentimiento, pero no hacia Roma sino hacia ella misma. Por su deseo de abrazarlo aunque Roma en realidad intentaba matarla. Por esa distancia entre ellos que ella había establecido deliberadamente, debido a que habían nacido en dos familias que se odiaban y gracias a que ella prefería morir a manos de Roma, en lugar de ser la causa de su muerte.

Nadie más va a morir para protegerme. Roma había volado una casa llena de gente para mantener a salvo a Juliette. Tyler y sus Escarlatas arrasarían una casa con todos sus ocupantes por defender a Juliette, aunque ellos también quisieran verla muerta. Todo era una y la misma cosa. Era esta ciudad dividida entre apellidos y colores y territorios, pero que, de alguna manera, proyectaba la misma violencia sanguinaria.

—Adelante —dijo Juliette con esfuerzo.

No lo decía en serio. Ella conocía a Roma. Él pensaba que quería verla muerta, pero el hecho es que un Montagov nunca erraba un tiro y, sin embargo, había fallado: bastaba con ver todos esos proyectiles que habían quedado incrustados en las paredes, en lugar de haber perforado la cabeza de Juliette. El hecho es que él tenía sus manos alrededor del cuello de ella y, no obstante, la heredera de los Cai podía respirar, todavía podía inhalar más allá de toda la podredumbre

y el odio que sus dedos de Montagov trataban de imprimir en su piel.

Justo cuando Roma se inclinó hacia delante, tal vez decidido a ultimarla, la mano de Juliette se cerró sobre la funda que llevaba bajo el vestido y liberó su cuchillo cortando cualquier cosa que se atravesara en su camino. Roma siseó y la soltó. No era más que un tajo superficial, pero se llevó el brazo al pecho y Juliette aprovechó ese cambio de guardia para ponerle el filo contra la garganta.

—Esto es territorio Escarlata —dijo ella con tono neutro, pero necesitó de todas sus fuerzas para mantenerlo así—. Parece que lo has olvidado.

Roma permaneció inmóvil mirándola fijamente, cada vez más inexpresivo, a medida que el momento se prolongaba, tanto que Juliette casi creyó que iba a rendirse.

En lugar de ello Roma decidió acortar distancia contra el cuchillo hasta que la hoja de metal rozó su cuello, a sólo milímetros de cortar la piel y hacer brotar la sangre.

—Entonces hazlo —siseó Roma, quien sonaba furioso, *herido*—. Mátame.

Juliette no se movió y tal vez vaciló durante un instante demasiado largo porque la expresión de Roma se convirtió en una risita burlona.

—¿Por qué dudas? —la increpó, desafiante.

Juliette todavía sentía el regusto a sangre en la boca. En un segundo le dio la vuelta al cuchillo hasta cogerlo por la hoja y golpeó la sien de Roma con la empuñadura. El muchacho parpadeó y empezó a desplomarse como un saco de arroz, pero Juliette lanzó lejos el puñal y se apresuró a detener la aparatosa caída. Tan pronto como deslizó las manos alrededor de Roma dejó escapar una exhalación de alivio, y

atrapó al chico justo antes de que su cabeza se estrellara contra el duro suelo.

Juliette suspiró. En sus brazos, Roma parecía tan corpóreo, más real que nunca. Su seguridad era un concepto abstracto cuando el chico estaba lejos, lejos de las amenazas que para él representaban los Escarlatas. Pero aquí, mientras sentía las palpitations de su pecho que se acompasaban al ritmo de sus propios latidos, Roma parecía solamente un niño, sólo un corazón ensangrentado y palpitante que podía ser cerceado en cualquier momento por un cuchillo lo suficientemente afilado.

—*¿Por qué dudas?*—repitió Juliette con amargura. Luego depositó al muchacho en el suelo con suavidad y le retiró el cabello de la cara—. Porque aunque tú ahora me odies, Roma Montagov, yo todavía te quiero.